

Común del Aniversario de la Dedicación de una Iglesia  
Aniversario de la Dedicación de la Iglesia  
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe  
La Crosse, Wisconsin  
31 de julio de 2022

Ez 43, 1-2. 3c-7a  
Sal 84, 3. 4. 5. 10. 11  
Heb 12, 18-19. 22-24  
Lc 19, 1-10

### Homilía

*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

Al entrar en esta iglesia, escogida para ser Casa de Dios mediante el antiguo y bellissimo rito de la Consagración, los peregrinos nos encontramos con Dios mismo. En esta iglesia, Dios Hijo encarnado renueva su sacrificio sangriento en el Calvario de manera incruenta, sacramental, y pone su residencia en el tabernáculo, para estar siempre con nosotros. Al entrar aquí, los peregrinos conocemos, a la vez, la profunda realidad de que Cristo habita en nuestras almas a través de la efusión del septiforme don del Espíritu Santo, y la profunda realidad del destino eterno de nuestra peregrinación terrenal cotidiana, la Jerusalén Celestial.

La Iglesia Santuario es el lugar santo, el destino de la peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. La Virgen Madre de Dios atrae aquí al peregrino para que se encuentre con su Divino Hijo, para que se conozca su misericordia y su amor, y para que se tenga una prenda de la consumación de su amor en el Reino de los Cielos. La Virgen desea para el peregrino la misma gracia que recibió Zaqueo, cuando subió a un sicomoro para poder ver a Nuestro Señor. Es la gracia del perdón de los pecados, de la reparación de los pecados cometidos y de la salvación eterna.

Cuando la muchedumbre criticó a Nuestro Señor, imaginando falsamente que de alguna manera estaba condonando la vida pecaminosa de Zaqueo, éste declaró la gracia del perdón y de la reparación que operaba en su alma: "He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los

pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado”.<sup>1</sup> Nuestro Señor, por su parte, respondió:

Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.<sup>2</sup>

El peregrino, al encontrarse con Nuestro Señor en su Casa, a través del Sacramento de la Penitencia y, sobre todo, a través del Sacrificio Eucarístico y de su incomparable fruto, la Sagrada Comunión, busca conocer más íntimamente a Nuestro Señor, amarlo más ardientemente y servirlo más desinteresadamente.

Al mismo tiempo, el peregrino contempla el destino de su peregrinación por la vida, la Jerusalén Celestial, la presencia eterna de Dios – Padre, Hijo y Espíritu Santo – y la compañía de los ángeles y de todos los santos. Toda la belleza de la Casa de Dios, su arquitectura, su decoración, la música sagrada que inspira y eleva la oración y el culto, el cuidado con que se preparan y realizan los ritos sagrados, es un reflejo de la belleza de nuestra vida en Cristo durante esta vida y una anticipación de la plenitud de la belleza que contemplaremos en compañía de Dios, cuando pasemos de esta vida a la vida eterna que ha de venir. Cuando entramos en la Casa de Dios, nos encontramos no sólo con "lo que se puede palpar"<sup>3</sup> y oír, sino que, en palabras de la Carta a los Hebreos, "os habéis acercado ... a la ciudad del Dios vivo ... a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel."<sup>4</sup> “

En la Casa de Dios, el cielo desciende a la tierra: Dios Hijo encarnado, sentado en la gloria a la diestra del Padre, sale a nuestro encuentro en el altar del sacrificio, en el tabernáculo, en el confesionario, a través de la oración, la devoción y el culto sagrado. Al entrar en la Iglesia Santuario, el peregrino experimenta personalmente el cumplimiento de la promesa de Nuestro Señor hecha a través del Profeta Ezequiel: "Hijo de hombre, este es el lugar de mi trono, el

---

<sup>1</sup> Lc 19, 8.

<sup>2</sup> Lc 19, 9-10.

<sup>3</sup> Heb 12, 18.

<sup>4</sup> Heb 12, 22-24.

lugar donde posaré las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre”.<sup>5</sup>

Atraídos a la Casa de Dios hoy, en el Aniversario de su Solemne Dedicación, recemos para que el Santuario aquí, en todos los aspectos de su vida, ayude a los peregrinos a encontrar a Cristo, Dios Hijo encarnado, a reconocer el misterio de su vida con nosotros en la tierra, y a vivir en la espera diaria y fiel del destino final de nuestra peregrinación por la vida hacia la Nueva y Eterna Jerusalén. Recordemos también en la oración a los que no pueden venir aquí a la Casa de Dios, pero que están espiritualmente unidos a nosotros, a los que nos han pedido que los recordemos en la oración en este lugar santo. Recordemos también a los que están alejados del Señor y tienen tanta necesidad de la gracia de la fe, de la oración y del culto. Pidamos cada uno de nosotros la gracia de ser, como San Juan Diego, un mensajero de Nuestra Señora de Guadalupe que, en la Casa de Dios aquí presente, desea traer peregrinos a su Divino Hijo y, según sus palabras, darlo "a las gentes en todo mi amor personal, a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación”<sup>6</sup>

Llenos del más profundo asombro y gratitud, elevemos ahora nuestros corazones, unidos con el Corazón Inmaculado de la Virgen de Guadalupe, al glorioso Corazón traspasado de Jesús, abierto para recibirnos en el Sacrificio Eucarístico. Que el amor de su Divino Corazón inspire y fortalezca en nosotros la santidad de la vida diaria y el anhelo permanente de tener nuestro hogar eterno con Él en el Cielo.

*Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, ¡ten piedad de nosotros!  
¡Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la Nueva Evangelización,  
ruega por nosotros!  
San Juan Diego, ruega por nosotros.*

*En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.*

Raymond Leo Cardenal BURKE

---

<sup>5</sup> Ez 43, 7.

<sup>6</sup> “Apéndice A – *El Nican Mopohua*” in Carl A. Anderson y Mons. Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México, D.F.: Random House Mondadori, S.A. de C.V., 2010), p. 214, n. 28.